

**H**UBO un tiempo en el que buena parte del teatro crítico español, que era tanto como decir el teatro de la oposición —puesto que el teatro conservador se limitaba a presentar las cosas como naturales o fatales—, se expresaba en pura alegoría. La censura era, sin duda, un factor fundamental. Pero también se decía que la alegoría suponía una forma de distancia —con todas las connotaciones políticas que el término debía a Bertolt Brecht— y un margen de libertad para el espectador, obligado a una interpretación personal de los datos propuestos. Gala fue un autor sujeto, más de una vez, a esta poética. "El sol en el hormiguero", "Noviembre y un poco de hierba", "Las cítaras colgadas de los árboles" y "Los buenos días perdidos" son discursos políticos sobre la vida española, más o menos inmersos en historias elaboradas en función de esos discursos. Lo que quiere decir que son obras que han sacrificado la verdad de los personajes, la credibilidad de sus comportamientos, para remitir al espectador al desentrañamiento del juego verbal y de los símbolos. Antonio Buero quiso salir de esa poética, ajustándose a un tiempo en el que cabe hablar con más claridad, y, en "Jueces en la noche", se equivocó. Gala, en cambio, ha seguido donde casi siempre, aprovechando, en todo caso, la nueva situación para hacer más nítidas las claves y más ácido el juicio.

La obra transcurre en un antiguo convento, mezcla de sacristía, de casino, de lupanar y de museo. Es, sin duda, una imagen alegórica de España, que, además, nos recuerda la de "Los buenos días perdidos". En ese lugar existen una serie de personajes que encarnan fuerzas políticas y sociales identificables. Está, en primer lugar, "Petra Regalada", una mujer prostituida por los caciques del convento y que podría identificarse, sin más problemas, con el "pueblo español" en su más amplio sentido. Después de treinta años —se recorta el período histórico real para rejuvenecer el personaje y hacer más comprensible la anécdota— de vida prostituida, Petra, estimulada por un joven revolucionario, se rebela y canta las verdades a sus muy degradados amos. El cacique supremo —que, evidentemente, no es Franco, si-



Julia Gutiérrez Caba y Juan Diego, en una escena de "Petra Regalada", última obra de Antonio Gala.

## ESPAÑA, ESPAÑA... O LAS DESDICHAS DE PETRA REGALADA

JOSE MONLEON

no el Régimen franquista—, como resultado del sofoco, se muere. Petra (el pueblo español), enamorada del revolucionario, espera que la creciente influencia de este último supondrá un cambio radical de las cosas. Pero el revolucionario pacta con los viejos colaboradores del cacique y la situación anterior se perpetúa. Hasta que el "tonto" de la comedia —un muchacho a quien sólo Petra quería— mata al nuevo mandamás... Nada difícil adivinar quién es ese revolucionario y quién ese "tonto" que lo mata. El primero, la "rétorica" del cambio que cambia poco o nada, las grandes palabras que no pasan de una estrategia para llegar al poder. El segundo, la "víctima" por excelencia, la encarnación de quienes ni siquiera tuvieron la suerte de ser prostituidos.

El personaje del "tonto", por lo demás, no es nuevo en el teatro de Gala. Nacido de las relaciones incestuosas de uno de los caciques, despreciado por todo el mundo —excepto por Petra—, sería ese testigo y víctima a quien nadie considera y que, al final, tiene en su violencia la ruptura del inmovilismo.

Hasta aquí Gala. Y, por supuesto, dos respuestas, o dos análisis distintos, a la hora de la crítica. Uno, referido a la mayor o menor agudeza de su análisis político, a la pregunta sobre hasta dónde acierta, se excede o no llega. Otro, de carácter más teatral, que es el que yo voy a resumir brevemente, pues el otro supondría poco menos que una contemplación de los argumentos políticos que tiene la izquierda española para actuar, en un contexto nacional e internacional concreto, como actúa. Teatralmente es necesario volver a recordar los obligados límites de todo teatro simbólico, la general deshumanización a que se ven sometidos los personajes cuando han de encarnar una generalización. Así vuelve a suceder ahora. El texto tiene fuerza verbal y arengatoria. El público aplaude con entusiasmo, por ejemplo, el final del primer acto, cuando Petra suelta su acusación contra los caciques, en una escena tan falsa dramáticamente como políticamente eficaz y brillante. Ni se comprende por qué Petra cobra tanto valor de repente, ni se entiende la pasividad de sus poco antes verdugos, y parece excesivo el pliego de perversiones per-

sonales en que se basa la acusación. Otros cambios de comportamiento se producen de un modo brusco e injustificado. Pero, en cierto modo, parece que eso importa poco, porque la complicidad del espectador va rebatiendo el "drama latente", es decir, el drama de la vida española, mucho más complejo que el pensamiento de Gala. Habría, pues, hasta tres niveles de lectura: la historia de "Petra Regalada", la interpretación política del autor de la vida española de nuestros días y la confrontación de cada espectador, de su propia realidad y su visión del tema, con esa interpretación. En la segunda función —que es la que yo ví— habla quien aplaude con entusiasmo y quien salta indignado, sintiéndose insultado...

La concepción escenográfica de Andrea d'Orico es recargada y barroca. Así corresponde a la visión de una España ahogada de historia y de recuerdos. El amontonamiento de objetos —como en una casa habitada durante muchos años—, de imágenes, de pinturas desvaídas, de retratos, expresa esa pequeña cosmovisión de una comunidad y de un lugar caóticos, cargado de materiales inútiles. En cuanto a la interpretación, no hay duda de que es una papeleta difícil, justamente por el carácter simbólico de los personajes. Hay que procurar que vivan a través de un trazado condicionado una y otra vez por el estereotipo y el símbolo. Cosa que quizá no resulta imposible en el caso de los estereotipos nítidos —que contendrían algo así como el "esquema", el resumen, de una verdad—, pero que es inviable en el de los personajes conflictivos, concretamente en el del revolucionario, obligado a mezclar la humanidad y hasta la pasión con las exigencias del discurso político del autor. Julia Gutiérrez Caba, en la Petra Regalada, es quien sale mejor parada del problema, quizá porque es una excelente actriz —tantas veces sacrificada— y porque el suyo es el personaje poéticamente más cuidado por Gala, más amorosamente escrito, con el que, en definitiva, se identifica. La dirección de Manuel Collado se atiene a lo que la obra propone. Y tiene el valor de buscar una secuencia de imágenes que haga "visual" la alegoría, que exprese sensorialmente el conjunto de planos que integran el juicio sobre esa triste sacristía-lupanar donde Gala resume la entraña de nuestro país. ■